

Pedro Ruíz Torres es catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat de Valencia.

El presente en la historia

Pedro Ruíz Torres

En las últimas décadas el presente ha ganado una enorme importancia en la disciplina histórica. A diferencia de lo que ocurría antes, gran parte del trabajo llevado a cabo por los historiadores es «historia del tiempo presente», «historia inmediata». La primacía de lo que está en trance de pasar sobre lo lejano y remoto, han escrito François Hartog y Jacques Revel, trae consigo el predominio de palabras o nociones que circulan en sustitución de los grandes relatos. Uno las atiende y se sitúa en relación con ellas: «presente», «memoria», «identidad», «genocidio», «testimonio», «responsabilidad», y «lo contemporáneo» se convierten en un imperativo, en una presión difusa con vistas a responder a la creciente demanda social. Por eso el historiador es percibido cada vez más como un experto de algo que conviene recordar en un presente cambiante.¹

1. François Hartog y Jacques Revel, «Historians and the Present Conjunction», en Jacques Revel, Giovanni Levi (eds.), *Political Uses of the Past. The Recent Mediterranean Experience*, Londres, Frank Cass, 2002, págs. 7-11.

La historia del tiempo presente

Detrás del interés por el pasado inmediato encontramos tendencias de distinto signo. En ocasiones, la rehabilitación de la historia reciente se hace en el marco de una historia muy tradicional. En otras, por el contrario, reclama una epistemología diferente. A finales de la década de los setenta no estaba claro en Francia cuál era la novedad de ese tipo de historia cuando en 1978 Pierre Nora fue nombrado director de estudios de *Histoire du présent* en la École Pratique des Hautes Études, a propuesta de Jacques Le Goff, y ese mismo año François Bédarida recibió el encargo de dirigir el Institut d'Histoire du Temps Présent, un nuevo centro creado por decisión del primer ministro francés y del CNRS. Con cierto retraso, si pensamos en la *Zeitgeschichte* en Alemania² o en la *contemporary history* en los Estados Unidos, la *nouvelle histoire* en los inicios de la etapa «posbraudeliana» incorporó la *histoire du temps présent* como una parcela más del territorio en continua expansión de la «historia total» de los *Annales*. La historia del presente tuvo cabida en los dos grandes balances de la «tercera generación» de los *Annales*. En el primero, publicado en 1974, Pierre Nora reivindicaba la historia contemporánea de nuestro presente, un presente en su opinión cargado de sentido histórico, dotado de identidad por la enorme sensibilidad histórica de que hacía gala, en un contexto caracterizado por la «vuelta del acontecimiento»³. Sin embargo poco después, en 1978, el mismo año de la creación del Instituto de Historia del Tiempo Presente, el encargado de incorporar la *histoire immédiate* a los dominios de la *nouvelle histoire* fue Jean Lacouture, periodista y divulgador de una historia de personajes y sucesos próximos, poco innovadora desde el punto de vista metodológico.⁴

En un extraño maridaje *L'étrange défaite* de Marc Bloch y la obra de Herodoto y Tucídides iban a mencionarse en la década de los noventa como dos antecedentes ilustres del proyecto de la «historia del tiempo presente»,⁵ pero se podía acudir a otros ejemplos con tanto o más motivo. Michel Trebitsch señala que, pese a la postura antipositivista de que hicieron gala los fundadores de la *histoire du temps présent*, en un primer momento la nueva forma de historia se limitó a prolongar el interés por lo contemporáneo que se había manifestado

2. Hartmut Kaelbe, «La Zeitgeschichte: l'histoire allemande et l'histoire internationale du temps présent», en Institut d'Histoire du Temps Présent, *Écrire l'histoire du temps présent*, París, CNRS, 1993, págs. 83-88.

3. Pierre Nora, «La vuelta del acontecimiento», en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia*, vol. I, *Nuevos problemas* (1974), Barcelona, Editorial Laia, 1978, págs. 221-239.

4. Jean Lacouture, «L'histoire immédiate», en Jacques Le Goff, dir., *La nouvelle histoire* (1978), nueva edición de los «diez artículos esenciales» en París, Éditions Complexe, 1988, págs. 229-254.

5. François Bédarida, *Histoire, critique et responsabilité*, primera parte «Vers une histoire du temps présent», París, Éditions Complexe, 2003, págs. 43-89, en especial «Temps présent et présence de l'histoire», págs. 47-59, texto antes publicado en 1993 en *Écrire l'histoire du temps présent*, op. cit., págs. 392-402.

6. Michel Trebitsch, «La quarantaine et l'an 40. Hypothèses sur l'étymologie du temps présent», en Institut d'Histoire du Temps Présent, *Écrire l'histoire...* op. cit., págs. 67-69.

7. Alice Gerard, «A l'origine du combat des Annales: positivisme historique et système universitaire», en Charles Olivier Carboneil y Georges Livet, dirs., *Au berceau des Annales. Le milieu strasbourgeois. L'histoire en France au début du xx^e siècle. Actes du Colloque de Strasbourg (11-13 octobre 1979)*, Toulouse, Presses de l'Institut d'Études Politiques de Toulouse, 1983, págs. 84-86.

8. Charles Seignobos, *Histoire politique de l'Europe contemporaine. Évolutions des partis et des formes politiques, 1814-1896*, París, Armand Colin, 1897. La séptima edición, considerablemente aumentada, se publicó en 1924 en 2 volúmenes y llega hasta 1914.

9. Michel Trebitsch, «La quarantaine et l'an 40...» en *Écrire l'histoire...*, op. cit., págs. 69-73.

10. El futuro director del Instituto de Historia del Tiempo Presente era en 1961 secretario general del Centro católico de los intelectuales franceses.

11. François Bédarida, «Temps présent...», en *Histoire, critique et responsabilité...* op. cit. pág. 51.

en la historiografía tradicional durante el periodo comprendido entre el «affaire Dreyfus» y la Primera Guerra Mundial.⁶ Seignobos, nos dice Alice Gerard, resultó un auténtico pionero «teórico y práctico a la vez» de la historia contemporánea y estuvo a favor de darle a ese periodo un papel fundamental en la enseñanza.⁷ Su libro *Histoire politique de l'Europe contemporaine*, publicado en 1897,⁸ es una buena muestra de ello. Más tarde, en la década de 1950, un grupo de intelectuales cristianos próximos a la revista *Esprit* (entre ellos Paul Ricoeur, René Remond y François Bédarida), comprometidos en la lucha contra la guerra de Argelia, centraron su preocupación en el periodo reciente. En 1951 algunos de esos intelectuales dieron una acogida calurosa a *Le temps de l'histoire* de Philippe Ariès, un historiador «aficionado» y al margen por entonces del núcleo dirigente de la *nouvelle histoire*, mientras participaban con criterio propio en debates historiográficos en la *École des Hautes Études* y en la revista *Annales*. En aquella época la «larga duración» y la historia de las «estructuras» triunfaban en la historiografía francesa, pero el impacto de la guerra de Argelia y de la guerra de Indochina favoreció una investigación y una reflexión centrada en el pasado inmediato. El interés por «la novedad radical de la concepción cristiana del tiempo» y por la teología trinitaria del presente en San Agustín (el tiempo presente de las cosas pasadas, el tiempo presente de las cosas presentes y el tiempo presente de las cosas futuras) llevó en 1957 a Denis de Rougemont a afirmar que «l'Histoire est le devenir présent».⁹

Toda un generación de historiadores a la que pertenece François Bédarida, como él mismo destaca,¹⁰ recibió en los años cincuenta la influencia, por un lado de los *Annales* con su denuncia del «fetichismo del hecho» y la acentuación del papel del historiador en la construcción del objeto histórico, y por otro del existencialismo y la fenomenología que afirmaban el carácter ilusorio de la objetividad en la medida en que toda realidad era apprehendida a través de la conciencia.¹¹ Esas dos perspectivas, de tan distinto e incluso opuesto carácter, son en mi opinión difícilmente compatibles a la hora de buscar «antecedentes ilustres» a la «nueva historia del presente». Por una parte reivindican la herencia de los *Annales*, mucho más rica, compleja y contradictoria de lo que supone reducirla a la denuncia del «fetichismo del hecho», y por otra una epistemología «antipositivista» y poco acorde con la concepción positivista de la ciencia histórica que caracteriza a la *nouvelle histoire* en los años cincuenta y sesenta.

Al principio la «historia del tiempo presente» en Francia quiso enriquecer el patrimonio de la «nueva historia» y con ese fin incorporó un campo de estudio poco o nada explorado por el grupo de *Annales*. En ese sentido innovó poco, al menos en su momento fundacional, pues el hecho de establecer un nuevo dominio de investigación que englobe el periodo de la Segunda Guerra Mundial y el posterior a 1945, así como el objetivo de asesorar a los poderes públicos, recogidos ambos en la presentación del primer número del *Bulletin de l'IHTP* en 1980, estaban lejos de ser una novedad en aquellos años. En los Estados Unidos y en la República Federal Alemana hacía tiempo que se caminaba en parecida dirección, de forma multidisciplinar y no como en Francia desde instituciones que habían quedado en manos de historiadores. Del periodo álgido de la Guerra Fría procedían los *think tanks* o «laboratorios de ideas» norteamericanos, muchos de los cuales, con el decisivo apoyo financiero de los grandes consorcios económicos, jugaron más tarde un papel importante como vínculo entre la reflexión académica neoconservadora y la política republicana. De carácter por completo distinto es el proceso que llevó a crear el Institut für Zeitgeschichte

de Munich en el periodo inmediatamente posterior al final de la Segunda Guerra Mundial. De diversas maneras el interés por el pasado reciente respondía a una demanda social que desde 1945 fue en aumento y de ello eran conscientes los historiadores también en Francia, donde la historia gozaba de una envidiable posición hegemónica en el conjunto de las ciencias sociales. La iniciativa francesa de promover una *histoire du présent* muestra la voluntad hegemónica de la corriente de los *Annales*, tan característica de aquellos años, por cuanto en 1978, como el propio Bédarida nos dirá diez años más tarde, se trataba de no dejar a otros (a los medios de comunicación y a los periodistas, a las demás ciencias sociales) un terreno de tanto interés social.

En poco más de una década la situación de la disciplina histórica experimentó cambios importantes dentro y fuera de Francia y la historia del presente no quedó al margen. Merece la pena detenerse en el libro homenaje a François Bédarida, *Écrire l'histoire du temps présent*, publicado en 1993, a resultas de un coloquio internacional en reconocimiento a quien acababa entonces de dejar la dirección del Instituto de Historia del Tiempo Presente.¹² Allí, en vez de la reivindicación de un nuevo campo de estudio para la «historia total», como se había hecho en 1978, el primer plano lo ocupa «le tournant épistémologique», el giro epistemológico que estaba dándose en una nueva época caracterizada por el regreso con fuerza de la historia y de la memoria, una preocupación obsesiva por la identidad, la crisis de los paradigmas en las ciencias sociales y un presente lleno de incertidumbre.¹³ Algunos historiadores participantes en el coloquio defendieron la manera convencional de tratar el nuevo campo de estudio en torno al periodo más reciente (a partir de 1945, aunque no todos coincidían en establecer ese límite cronológico), con fuentes, métodos y problemas propios,¹⁴ pero otros acentuaron la «ruptura epistemológica» con la «historia positivista», no sólo en relación con la historia política de tipo tradicional, sino también ahora respecto al «paradigma socioeconómico» de los *Annales*.

La «ruptura epistemológica» buscaba estar en consonancia con una nueva etapa en la historiografía cuyos inicios en Francia suelen remontarse a mediados de la década de los setenta. Ahora, a principios de los noventa, la «historia del tiempo presente» decía compar- tir esa «ruptura epistemológica» con otras «formas de historia» como la «historia oral»,¹⁵ la «historia de la memoria»,¹⁶ «el retorno de la política» en la «nueva historia»¹⁷ y otros «retornos», como el del acontecimiento y el de la narración. Desde semejante perspectiva la «historia del presente» debía relacionarse menos con el estudio de un periodo de límite preciso y más con la dimensión temporal y espacial, una dimensión que en opinión de Luisa Passerini planteaba cuestiones nuevas de una manera que sacaba a relucir la memoria, mejor la pluralidad de memorias, en estrecha relación con la experiencia vivida. Semejante tipo de historia traía consigo una diferente forma de concebir la temporalidad, desde un presente que introducía la discontinuidad, la sorpresa, la posibilidad, el azar, la libertad y rompía así el *continuum* de la anterior historia de carácter «lineal»,¹⁸ en sintonía con Walter Benjamin.

Paul Ricoeur, en el coloquio antes citado en homenaje a Bédarida, se refiere a dos tipos de cuestiones en relación con la «historia del tiempo presente» que para él constituyen una auténtica novedad. En nuestro tiempo presente los problemas epistemológicos pierden generalidad y acaban convirtiéndose en cuestiones históricas, como lo demuestra la misma noción de ciencia del tiempo presente y la superación del viejo debate en torno a la contraposición entre memoria (testimonio de los vivos, fuentes orales) e historia (pruebas de

12. Institut d'Histoire du Temps Present, *Écrire l'histoire du temps présent*. En hommage à François Bédarida. Actes de la journée d'études de l'IHTP, Paris, CNRS, 14 mai 1992, Paris, CNRS Éditions, 1993.

13. François Bédarida, «Temps présent...», en *Histoire, critique...*, *op. cit.*, pág. 47.

14. Véase los textos de René Remond, Serge Berstein, Philippe Burrin, Hartmut Kaelble, Eric Hobsbawm, Jean-Pierre Azéma o Pierre Milza, entre otros, en dicho libro homenaje.

15. Danièle Voldman, «La place des mots, le poids des témoins», en *Écrire l'histoire...*, *op. cit.*, págs. 123-131.

16. Henry Rousso, «La mémoire n'est plus ce qu'elle était»; Jean-Jacques Becker, «La mémoire, objet d'histoire?»; Pierre Laborie, «Histoire et résistance: des historiens trouble-mémoire», en *ibidem*, págs. 105-121 y 133-141.

17. Jean-François Srinelli, «Le retour du politique», *ibidem*, págs. 263-274.

18. Luisa Passerini, «La "lacune" du présent», *ibidem*, págs. 57-60.

archivo, fuentes escritas). Semejante debate, nos dice Ricoeur, adquiere hoy otro sentido, con la menor consideración de la «cientificidad» de la historia (en beneficio del relato, la interpretación, la toma en consideración del acontecimiento, la discontinuidad) y la revalorización de la complejidad del fenómeno «memoria». La memoria misma deviene de esa manera objeto de investigación por parte de la historia, en especial de la «historia de las mentalidades», hasta el punto de erigirse en objeto destacado de conocimiento histórico. La segunda novedad lleva al problema de si la historia del presente se encuentra o no en un lugar favorable para aprehender el fenómeno histórico en general. Así resultaría, por un lado, en la medida en que el pasado reciente se convierte en la ocasión de subrayar rasgos del conocimiento histórico que tienden a perderse de vista en el caso del pasado lejano y permiten una vía media entre contingencia y encadenamiento, entre relato y estructura, entre acontecimiento como simple ruptura de la continuidad y acontecimiento tratado en el límite de los encadenamientos estructurales. Ese juego entre contingencia y encadenamiento en relación con el «tiempo presente» trae consigo toda una serie de «retornos»: de lo narrativo, de lo político, de la acción, del problema de la identidad. Nos vemos conducidos a ver el presente como *défatalisé*, en consecuencia más abierto de lo que creíamos, y la imagen valdría también para el pasado lejano, porque el pasado también fue un tiempo presente para los actores del mismo, con sus expectativas y sus recuerdos. Así es posible entender la historia del pasado con los rasgos propios de la historia del tiempo presente. A cambio, señala Paul Ricoeur, la historia del tiempo presente, en tanto «escritura de la historia» que trata de evoluciones en curso, no estaría en situación favorable para abarcar una cierta totalidad susceptible de ser conceptualizada, pues sólo conoce la mitad o el comienzo del proceso histórico, en la medida en que está menos confrontada a acontecimientos cerrados que a acontecimientos-bisagra.¹⁹

19. Paul Ricoeur, «Remarques d'un philosophe», *ibidem*, págs. 35-39.

A la «ruptura epistemológica» también hace referencia François Bédarida en 1997 en «Y a-t-il une crise de l'histoire en France?». En medio de un clima de crisis general de las ciencias sociales, en un mundo dominado por la incertidumbre, todavía «ces conservateurs du passé et ces conseillers en mémoire» que resultan los historiadores son consultados e interpellados sobre nuestro devenir, a pesar de que ellos mismos se interrogan sobre su identidad de hoy en comparación con la identidad de los historiadores en el pasado.²⁰ La crisis de los modelos conceptuales y los paradigmas unificadores de antaño (marxismo, estructuralismo, *Annales*), de la centralidad de una modelización que privilegiaba la larga duración, la aproximación macroeconómica, las estructuras sociales, las fuerzas colectivas, los agregados y las correlaciones, los determinismos (fueran geográficos, económicos o demográficos), trae a su vez la crisis de una concepción de la historia que acordaba la primacía de las fuerzas productivas y las luchas sociales, y el desplazamiento de la atención de los historiadores de las «infraestructuras» a las «superestructuras». A partir de mediados de los setenta, según Bédarida, los campos y las reglas del juego científico cambiaron. Se reintrodujo el sujeto, la persona, el acontecimiento, se rehabilitó la iniciativa del sujeto histórico, la elección del autor, el libre arbitrio, la contingencia. «Weber y Aron prennent les pas sur Marx».²¹ En lugar de series y regularidades se vuelve a lo particular y a las diferencias, se privilegia la transgresión, la marginalidad. «Las palabras clave pasan a ser *discontinuidades, estrategias, interdependencia*. Se llega así al lanzamiento del tiempo presente, y en el reino de los conceptos, de los de poder y cultura, a “la inflexión crítica” de los *Annales*»²².

20. François Bédarida, *Histoire, critique...*, *op. cit.*, págs. 75-76.

21. *Ibidem*, págs. 76-77.

22. *Ibidem*, págs. 77-78.

Sin embargo, la «ruptura epistemológica» no afectaría en el fondo a «la pratique historique d'aujourd'hui», piensa Bédarida de manera bastante contradictoria, aun cuando sustituya las grandes estructuras económicas, demográficas o ideológicas por una historia que habla de los hombres, de su vida, de su ámbito cotidiano, y que analiza «sus marcos sociales y sus redes de sociabilidad, sus tipos de cultura y sus imaginarios, sus representaciones y sus creencias». Para el citado historiador la historia mantiene su vitalidad, su lugar privilegiado en la cultura francesa, en particular en «la memoria nacional» y en «el debate público», mientras surge a la par un fenómeno revelador, aparecido en años recientes, el repentino interés por la disciplina histórica, sus métodos de trabajo su impacto en la sociedad. Bédarida hace gala de una postura ecléctica y bastante más tradicional de lo que parece a primera vista e intenta restaurar el espíritu de la modernidad e introducirlo de nuevo en la disciplina histórica. La historia, en su opinión, ha de proseguir la búsqueda de un «nuevo paradigma englobante y unificador».²³

23. *Ibidem*, págs. 80-84.

En la década de 1990 Bédarida y otros historiadores franceses del «tiempo presente» insistieron en la «ruptura epistemológica», pero lo cierto es que no había tal ruptura en lo que al trabajo de historiador se refiere, que continuaba viéndose de la misma manera que antes. René Rémond considera que, pese a las imprecisiones, las contradicciones y las dudas, la «historia del tiempo presente» prevalece en 1995 y con ella el reconocimiento del pasado reciente en tanto «objeto científico». La significación de dicho fenómeno, añade a continuación, va más allá de un simple movimiento de fronteras en el interior de la duración histórica y de una redistribución empírica del tiempo, y supone un punto de inflexión en la reflexión epistemológica, una ruptura con las concepciones anteriores, marca una etapa en la idea que los historiadores se hacen de su oficio «y de su relación con su tiempo».²⁴ Fuera de semejante declaración de intenciones, muy confusa por otra parte, en la trayectoria del citado historiador no es posible apreciar discontinuidad epistemológica o metodológica en comparación con la historia que hacía antes. Por su parte Bédarida identifica el «tiempo presente» con el tiempo de la experiencia vivida en trance de devenir pasado, un campo de estudio caracterizado por el hecho de la existencia de testimonios y de una memoria viva, de ahí el papel relevante de la historia oral. Se trata de un pasado próximo que no pueden descuidar los historiadores atentos a las «demandas de la sociedad». También Bédarida sitúa la «historia del tiempo presente» en el camino de una renovación epistemológica capaz de entrar en la dialéctica presente/pasado y en el problema de la relación entre historia y verdad con una postura equidistante del «neopositivismo» y del «posmodernismo», pero no nos aclara en qué consiste esa «tercera vía». Una historia inseparable de sus condiciones de elaboración en el presente, escribe Bédarida, ha de tomar en cuenta, tanto el contexto del objeto histórico pasado, como el del sujeto historiador de hoy, y proporcionar por ello una visión diferente de la temporalidad y una concepción renovada de la historicidad de las fuentes, de su forma de tratarlas y de su interpretación. Ello modifica la escritura, al mismo tiempo que las condiciones de producción del saber, en la medida en que el presente ejerce un va y viene permanente sobre el pasado estudiado. Esta *présentification*, que restaura la plena dimensión de la historicidad, hace al historiador un mediador entre el ayer y el hoy, pero sin renunciar a «la búsqueda de la verdad», al pasado «objetivable» y al trabajo de los historiadores con vistas a «elaborar verdades», atestiguadas y apuntadas por una serie de instrumentos de trabajo, un método, una argumentación. La historia así «demeure un

24. René Rémond, «L'histoire contemporaine», en F. Bédarida, dir., *L'histoire et le métier... op. cit.*, págs. 249-250.

25. François Bédarida, *Histoire, critique...*, op. cit., págs. 78-88.

“ministère de vérité”²⁵. En definitiva, la cuadratura del círculo me parece ese objetivo fijado por Bédarida de hacer compatible la mediación de cada presente y la subjetividad consustancial al trabajo de historiador con el pasado «objetivable» y la elaboración de «la verdad» por parte de una historia *ministère de vérité*. A menos que uno busque fuera de la razón la garantía de la concordancia entre el presente y el pasado, el tránsito de la «subjetividad» a la «objetividad».

Del tiempo de la historia a la era de la conmemoración

Pierre Nora sitúa el nacimiento de la *histoire du présent* en un momento histórico que transforma profundamente lo contemporáneo, su historia y su historiografía, debido a varios fenómenos que estarían teniendo lugar: la *mundialización* o advenimiento de las sociedades sin conciencia histórica de ellas mismas a una historicidad de tipo occidental; la *aceleración* de la historia o conciencia de que el cambio ha devenido movimiento continuo; la *democratización* de la historia, es decir, la movilización en general de grupos y masas que vivían tradicionalmente detrás de la escena del cambio histórico, lo sufrían, pero no participaban en él directamente; la *mass-mediatización*, que da a la actualidad una existencia propia y transforma por completo el desarrollo de la historia, su percepción e incluso su naturaleza; y una *dilatación* que no se contenta con arrebatarle a la historia tradicional el periodo reciente, sino que se carga de un peso, de una especificidad, que además de comportar sus exigencias propias, trabaja en profundidad la manera de hacer historia de los periodos precedentes.²⁶

26. Pierre Nora, «De l'histoire contemporaine au présent historique», en Institut d'Histoire du Temps Présent, *Écrire l'histoire du temps présent...*, op. cit., págs. 43-47.

Dos serían, según Pierre Nora, las condiciones del advenimiento de ese presente. La primera, la ruptura de la continuidad temporal, un cambio radical de la relación del pasado y del futuro, algo que en el plano historiográfico trae consigo el fin del tiempo homogéneo tal y como se manifiesta en la famosa duración braudeliana, debido a la dislocación de las unidades temporales clásicas. Semejante ruptura de la continuidad temporal se corresponde con la conciencia de un obscurecimiento del porvenir, convertido ahora en algo imprevisible, profundamente destructivo de las continuidades tradicionales, que se proyecta a un pasado lejano y opaco. Pasado, presente y futuro pierden de esa manera algo de su linealidad y a cambio cada uno gana autonomía. La segunda condición remite a unas circunstancias particulares de Francia. Desde mediados de los setenta un conjunto de transformaciones silenciosas, pero profundas (económicas, sociales, políticas, ideológicas, de la conciencia nacional), habrían llevado a «la segunda Revolución francesa». De esas circunstancias particulares da cuenta también François Bédarida cuando habla del fin del optimismo de antaño y del *triumphalisme hexagonal*.²⁷

27. François Bédarida, *Histoire, critique...*, op. cit., pág. 76.

En la década de los setenta la «historia conquistadora» de la «tercera generación» de los *Annales* propició un significativo cambio de rumbo al centrar su atención en «las mentalidades» y hablar de una historia dispuesta a afirmarse «en la conciencia de su sujeción a sus condiciones de producción». A esto último se referían en 1974 Jacques Le Goff y Pierre Nora en la presentación de la obra colectiva *Faire de l'histoire*, cuando ambos se pronunciaban a favor de una historia que «se interese cada vez más por sí misma y conceda un espacio cada día mayor y privilegiado a la historia de la historia».²⁸ El estudio de «las mentalidades», así como la reflexión sobre el hecho mismo de «hacer historia», llevaron a los partidarios de la *nouvelle histoire* a adentrarse en el campo de la memoria colectiva. En

28. Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Hacer la historia*, vol. I, Barcelona, Laia, 1978, pág. 11.

29. *Enciclopedia Einaudi*, vol. I, «Memoria-Historia», publicado en 1977. La mayoría de los artículos de ese volumen son de Le Goff, entre ellos «Memoria» e «Historia», y quedaron recogidos en el volumen publicado en francés ese mismo año por Gallimard y en los dos volúmenes de la edición en castellano, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso y El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991.

30. Utilizo la edición en castellano: «La Historia», en *Pensar la historia*, op. cit., págs. 19-142 (citas en págs. 141-142) y «Memoria», en *El orden de la memoria*, op. cit. págs. 131-183.

31. Pierre Nora, dir., *Les lieux de mémoire*, vol. I: *La République*, vol. II: *La Nation* (3 tomos), vol. III: *Les France* (3 tomos), París, Gallimard, 1984; edición en «Cuarto», 1997, 3 vols., cito de esta última edición.

32. Pierre Nora, «Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux», en op. cit., vol. I, págs. 23-43.

1977 Jacques Le Goff hizo referencia a las transformaciones en la «memoria colectiva o social» desde la prehistoria hasta nuestros días y en la «ciencia histórica» desde su aparición como tal.²⁹ En su *Histoire et mémoire* hay una clara diferencia entre *historia* (ciencia después de todo, pese a sus particularidades, paradojas y ambigüedades) y *memoria* (definida como la «capacidad de conservar determinadas informaciones» del pasado, de «salvar el pasado sólo para servir al presente y al futuro»). Con todo, Jacques Le Goff alude a la relación estrecha y de doble dirección entre memoria e historia y al contraste entre «la crisis en el mundo de los historiadores» y el «éxito de la historia» en la sociedad actual. La crisis, según dice, «nace tanto de los límites y las incertidumbre de la nueva historia como del desencanto de los hombres ante las asperezas de la historia vivida». El éxito de la historia «se explica por las necesidades que tienen las sociedades de nutrir su búsqueda de identidad, de alimentarse de un imaginario real», demandas incrementadas ahora por el «movimiento de las sociedades de consumo» y la aparición de una «industria de la historia».³⁰ Pese a los síntomas de «crisis», a la altura de 1977 Jacques Le Goff todavía está convencido de encontrarse en el «tiempo de la historia», de una historia que debía responder a las nuevas demandas sociales de identidad. Sin embargo, en las dos décadas finales del siglo XX las cosas iban a cambiar bastante.

Al poner en marcha, a principios de los años ochenta, la empresa colectiva *Les lieux de mémoire*,³¹ Pierre Nora fue uno de los primeros historiadores que habló de un «momento-memoria» particular y propio de las últimas décadas del siglo XX.³² Si tanto nos ocupamos de la memoria, nos dice en el texto programático que inicia *Les lieux de mémoire*, y hay una curiosidad creciente por los lugares donde la memoria cristaliza y se contiene, es porque queda poco de ella y de los «medios de memoria» tradicionales. No se trata, sin embargo, de una pérdida absoluta, sino de una transformación radical. Para Pierre Nora el interés por la memoria debe ponerse en relación con un momento de transición en el que la conciencia de la ruptura con el pasado (consecuencia a su vez de la aceleración provocada por fenómenos como el apogeo del crecimiento industrial, la mundialización, la democratización, la masificación y el desarrollo de los medios de comunicación) se mezcla con el sentimiento de una memoria dividida, desgarrada. Ese mismo sentimiento revela todavía bastante memoria para que se plantee el problema de su incardinación. Las «sociedades-memoria», como todas las que garantizaban la conservación y la transmisión de los valores y de las instituciones tradicionales, y las «ideologías-memoria», como aquellas que aseguraban la continuidad del futuro y del pasado con vistas a preparar la reacción, el progreso o incluso la revolución, son las que están llegando a su fin. Una memoria replegada sobre la herencia de su propia intimidad deja paso a la película efímera de la actualidad.

Pierre Nora dice eso de entrada, pero a continuación constata el empuje conquistador de la historia, tras haberse producido la ruptura de su antigua unión con la memoria. No es ahora una «historia-memoria», como lo era antes, en especial la historia del desarrollo nacional, la más fuerte de nuestras tradiciones colectivas, sino una «historia-crítica». El nuevo tipo de historia recela de su sumisión a la memoria y se interroga sobre los objetos más sagrados de la tradición nacional, sobre los medios materiales y conceptuales, sobre los procedimientos de su propia producción y las relaciones sociales de su difusión, sobre su propia constitución en tradición. Es la historia entera la que ha entrado en su «edad historiográfica» y consume así el proceso por el cual ha dejado de identificarse con la memo-

ria, una memoria convertida ella misma en objeto de otra historia posible. De esa manera, el estudio de los *lieux de mémoire*, de los lugares de la memoria, se ubica en el cruce de dos movimientos, uno puramente historiográfico, el momento de un retorno reflexivo de la historia sobre ella misma, y otro propiamente histórico, el fin de una tradición de memoria.

Entonces, ¿qué es lo propio de la actual coyuntura, el «momento-memoria» o el «momento-historia», el auge de la memoria o el tiempo de la historia crítica y autorreflexiva? A principios de la década de los ochenta Pierre Nora oscila entre ambos polos, historia-memoria por un lado, historia-crítica por otro, a la hora de presentar los *Lieux de mémoire*, y esa ambigüedad resulta todo un síntoma. Aquello que ahora llamamos memoria, escribe Pierre Nora, en realidad no es memoria sino historia y por tanto la necesidad de memoria resulta en el fondo una necesidad de historia. En nuestro tiempo la memoria es «archivística», está tocada por el culto de los historiadores a los documentos. Estamos en una sociedad obsesionada por guardar y conservar cualquier vestigio del pasado. La memoria también resulta una «memoria-distancia», acompañada de la correspondiente discontinuidad retrospectiva. A cambio, la historia parece haberse «memorializado». Cada grupo en busca de su identidad ha revitalizado su propia historia, se han multiplicado las memorias particulares que reclaman una historia específica. Un desplazamiento decisivo (de lo histórico a lo psicológico, de lo social a lo individual, de lo «transmisivo» a lo subjetivo, de la repetición a la rememoración) ha inaugurado un nuevo régimen de la memoria, pues el pasado se convierte desde ahora en un asunto de carácter privado. En palabras de Pierre Nora, «la psicologización integral de la memoria contemporánea» ha entrañado una economía singularmente nueva de la identidad del yo, de los mecanismos de la memoria y de la relación con el pasado, la atomización en definitiva de una memoria general en memoria privada. Mientras menos es vivida colectivamente la memoria, más tienen los hombres necesidad de las memorias particulares que ellos mismos se construyen. Ahora bien, si Pierre Nora está en lo cierto ¿dónde quedaría la historia distinta de la memoria por su vocación universal y su representación crítica del pasado? Más bien en nuestros días la historia carecería de existencia independiente de la memoria, a pesar del esfuerzo que se sigue haciendo por diferenciarlas, pues habría llegado a su fin la antigua ciencia de la historia, reemplazada por los *lieux de mémoire* y su pretensión de convertirse en «otra historia», con plena conciencia al mismo tiempo de pertenecer a los dos reinos, el de la historia y el de la memoria. En consecuencia, para Pierre Nora el «momento-memoria» no sería sino el de una transformación profunda en el ámbito de la memoria que produciría a su vez un cambio radical en el tipo de historia. Dicho con otras palabras, *de la historia-memoria* habríamos pasado a *la memoria-historia*.

Un intervalo de tiempo de ocho años separa los dos textos emblemáticos de *Les lieux de mémoire* escritos por Pierre Nora, la introducción a la obra colectiva publicada en 1984 con el título «Entre Mémoire et Histoire», a la que acabo de hacer referencia, y el texto de clausura con el significativo título «L'ère de la commémoration», aparecido en 1992.³³ Como el autor reconoce en el segundo trabajo, entre una y otra fecha ha llegado a establecerse un lazo muy estrecho entre el momento histórico presente, habitado por la obsesión conmemorativa, y la empresa intelectual dirigida por Pierre Nora y que pone la conmemoración en el centro de sus intereses. La paradoja es que los *Lieux de mémoire* buscaban ser una historia de tipo «contra-conmemorativo», pero al final han quedado atrapados en la con-

33. Pierre Nora, «L'ère de la commémoration», en *op. cit.*, vol. 3, págs. 4688-4719.

memoración. La expresión misma, el útil forjado para reivindicar la distancia crítica, se ha convertido en instrumento por excelencia de la conmemoración. Pierre Nora considera que el fenómeno de la obsesión conmemorativa afecta a todas las sociedades contemporáneas que se viven como históricas y no en el seno de ideologías religiosas, pero esa obsesión adquiere en la sociedad francesa una intensidad nada fortuita. El caso de Francia muestra la metamorfosis de la memoria conmemorativa, la transformación interna del fenómeno a partir de los años setenta, de mayor importancia que su mera proliferación.

Siempre según Pierre Nora, frente al modelo clásico de la conmemoración nacional, tal como la Revolución lo inventó y la III República lo instituyó (una soberanía impersonal, una memoria política al servicio de la presencia del Estado, una memoria nacional unitaria), tendríamos ahora otro tipo de conmemoración. El modelo antiguo habría sido sustituido por un sistema fragmentado, hecho de lenguajes conmemorativos dispares y a veces en conflicto, que establecen con el pasado una relación diferente, más electiva que imperativa, abierta y en perpetua elaboración. En vez de una conmemoración promovida desde las alturas del poder, sustentada en un orden y en una jerarquía, surge ahora una multiplicidad de iniciativas desde la base, iniciativas descentradas, locales, sin grandes esquemas políticos unificadores, donde se cruzan y encabalgan aspectos mediáticos, turísticos, lúdicos y promocionales, mientras coexisten identidades colectivas diversas. La dinámica misma de la conmemoración ha cambiado por completo de carácter. El modelo memorial, el «momento-memoria», se lleva tras de sí el modelo histórico de conmemoración y la «historia-memoria». De esa forma, la historia de la nación deja su lugar preferente a otro tipo de memoria nacional, manifestación de un cambio más profundo y de mayor alcance. En menos de veinte años, Francia habría pasado de una conciencia nacional unitaria a una conciencia de sí de tipo «patrimonial», atomizada, diseminada en el tejido social, emancipada de su espacio de asignación tradicional, subversiva de la historia política y nacional clásica, consciente de su propio carácter conmemorativo, hasta el punto de que el hecho de conmemorar importa mucho más que aquello que se conmemora. En vez de una «historia-memoria», de la que nunca nos habríamos emancipado (ni siquiera cuando la «historia científica» rectificó en parte dicha tradición de memoria colectiva, pero sólo para profundizar en ella), y a diferencia de una historia concebida como mito portador del destino nacional, existe en nuestros días la posibilidad de construir una memoria nacional nueva. Dicha memoria nacional basa su nueva unidad en una reivindicación patrimonial múltiple, enriquecida por historias reprimidas o marginalizadas, y resulta en consecuencia una memoria desacralizada, democratizada, con el fin de constituir otro tipo de identidad, plural y diversa, en perpetua elaboración, retocada de modo constante. A ese nuevo tipo de memoria nacional, concluye Pierre Nora, a la recomposición «de lo nacional desintegrado», pretenden contribuir *les lieux de mémoire* concebidos como otro tipo de historia, en el paso del reino de la «memoria restringida» a la «memoria generalizada».

Sin embargo Pierre Nora se contradice cuando propone una «memoria generalizada» en el ámbito de la nación, por diferente que resulte de la vieja «memoria nacional», mientras al mismo tiempo hace hincapié en el fenómeno inverso y propio de la actual coyuntura: la atomización de la memoria generalizada en múltiples memorias particulares. Por otro lado, seguimos sin saber qué es eso que hoy llamamos memoria pero que no es memoria sino en el fondo una necesidad de historia, de una historia que a su vez parece haberse

«memorializado». Desde finales de los años ochenta y principios de los noventa la memoria ha pasado a convertirse en objeto preferente de estudio y de reflexión por parte de los historiadores, aun cuando en la mayoría de los casos el enfoque resulte poco innovador. La *consagración de la memoria en la historiografía contemporánea*, un fenómeno reciente del que ha dado cuenta Ignacio Peiró,³⁴ parece un asunto relacionado con el enorme interés que despierta la memoria como objeto de estudio, pero no tanto con una forma nueva de entender la historia desde un punto de vista epistemológico y ni siquiera la metodología de la historia. Tampoco *les lieux de mémoire* innovan en ese sentido, pues este tipo de historia, reconoce el propio Pierre Nora, es muy tradicional, no comporta ninguna metodología particular y trata temas que todo el mundo conoce. «Diríase que se ha vuelto a los tiempos del positivismo e incluso más allá, por la impronta casi literaria que supone», aun cuando dicha historia resulte al mismo tiempo nueva porque es «una historia crítica toda ella», una historia que considera a Francia una realidad por completo simbólica y no un repertorio de realidades concretas, y que deja abierta así la vía a una historia diferente, que no es orgánica ni nacional, ni económica ni social. Se trataría de una historia interesada menos por los determinantes que por sus efectos, menos por las acciones memorizadas o conmemoradas que por el rastro de estas acciones y por el juego de estas conmemoraciones, menos por los acontecimientos en sí mismos que por su construcción en el tiempo, por su desaparición y por el resurgir de sus significaciones, menos por el pasado tal y como ha acontecido que por su reutilización, sus malos usos, su impronta en los sucesivos presentes, menos por la tradición que por la manera en que ha sido formulada y transmitida. «En síntesis, una historia que no es ni resurrección, ni reconstitución, ni reconstrucción, ni incluso representación, sino rememoración en el sentido más fuerte de la palabra. Una historia que no se interesa por la memoria como recuerdo, sino como economía del pasado en el presente».³⁵

34. Ignacio Peiró, «La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», *Ayer, Revista de Historia Contemporánea*, núm. 53 (2004), págs. 179-205.

35. Pierre Nora, «La aventura de *Les lieux de mémoire*», *Ayer, Revista de Historia Contemporánea*, núm. 32 (1998), págs. 25-26.

La «historia-memoria» pasa ahora en consecuencia a convertirse en «memoria-historia». Por decirlo sin ambigüedades, ni siquiera sería «historia», al menos historia concebida como ciencia a la manera clásica, pues una «rememoración en el sentido más fuerte de la palabra», una «economía del pasado en el presente» es lo que identificamos con «memoria» y no con «historia», por mucho esfuerzo en sentido contrario que se haga. A causa de la proliferación de identidades colectivas, memorias particulares y reivindicaciones patrimoniales, que según Pierre Nora constituyen el continente propio de nuestra cultura contemporánea, el régimen de conmemoración se habría modificado sustancialmente. La conmemoración no estaría sólo promovida desde las alturas del poder, pues hay también muchas otras identidades (nacionales, regionales, locales, de grupo) que reclaman la actividad conmemorativa, ¿pero qué hay de nuevo en todo ello, además de la generalización y democratización tantas veces mencionadas? Pierre Nora considera que el actual «momento-memoria» está tocado por la obsesión de guardar, conservar, archivar, cualquier vestigio del pasado, y por el culto de los historiadores a los documentos. No me parece ese culto tan específico de la historia. ¿Estaríamos entonces ante una «memoria-distancia», acompañada de la correspondiente discontinuidad retrospectiva y del elemento histórico-crítico incorporado a la explosión de memorias e identidades múltiples y democráticas?

La paradoja resulta muy evidente. François Bédarida considera contradictorio unir memoria y tiempo presente. El presente es tiempo de lo efímero, de lo puntual, de lo pasajero, en él figura lo que muere, lo que huye, lo evanescente. La memoria, al contrario, es la

duración, a menudo secular, incluso multiseular (memoria de lugares y lugares de memoria), mientras en apariencia la historia del tiempo presente no dispone más que de una memoria corta, demasiado corta tal vez.³⁶ La conmemoración, nos dice Luis Adao da Fonseca,³⁷ siempre identifica, está asociada a una identificación comunitaria, pero en la sociedad contemporánea la conmemoración resulta precaria y transitoria. Tal parece como si en una época de preponderancia de lo inmediato, el hecho de que la conmemoración surja por todas partes renovada y revitalizada responda a la conciencia generalizada de la debilidad de la memoria en las respectivas sociedades. Del mismo modo podríamos ver el fenómeno del constante *uso público de la historia*. Se trataría entonces de una multiplicación de conmemoraciones y usos públicos del pasado traído al presente, indicativa de la ingravidez de la memoria en el ámbito comunitario, de la levedad de las memorias y las identidades sociales, de la incapacidad del poder político, por mucho esfuerzo que despliegue en sentido contrario, con vistas a mantener a largo plazo proyectos integradores basados en memorias y conmemoraciones duraderas.

La diversidad de tiempos del presente

Hoy en día el presente, nos dice Jean Chesneaux, fascina, desafía e intimida a los historiadores y resulta un objeto muy singular. Por un lado es una parte integrante del *continuum* temporal, por otra ocupa un lugar especial pues se encuentra en el término de la diacronía secuencial que define el campo profesional de estudio del historiador. Tal es el doble carácter del presente en relación con la historia, a la vez término de la historia que se escribe y lugar de la historia que se hace, como ilustra el año 1989. En un presente de grandes fastos conmemorativos, coloquios académicos, ediciones científicas e ingeniosos productos comerciales para celebrar el bicentenario de la toma de la Bastilla, al mismo tiempo irrumpió a partir de los acontecimientos de Berlín el 9 de noviembre de 1989 otro presente totalmente imprevisto, cuya dinámica nada tenía que ver con el Bicentenario oficial. No es extraño el desarrollo desde los años ochenta de una reflexión original sobre la validez de los estudios históricos que tratan del presente. La historia del «tiempo presente», la historia «inmediata», puede más fácilmente que otras cooperar con los antropólogos, los sociólogos, los geógrafos, beneficiándose de una inmersión en lo real hecha de miles de detalles llenos de sentido, mientras lanza un nuevo desafío intelectual. Abre el presente, como piensa Paul Ricoeur, a lo virtual y a lo posible, «desfataliza» el presente, mientras el historiador no se sustrae a la responsabilidad moral en tanto que persona y como ciudadano.³⁸

El «tiempo presente» por tanto, me gustaría añadir, además de ser «nuestro tiempo» en sentido meramente cronológico, resulta un tiempo cualitativamente distinto, pero con ello sale a relucir un problema en absoluto resuelto con enfoques en su mayoría interesados en echar los cimientos de un nuevo campo de estudio, de una nueva forma de historia llamada «historia del presente».³⁹ Si nuestro presente transforma en histórico cualquier aspecto, material e inmaterial, incluso epistemológico, y pone de relieve una gran «sensibilidad histórica», también ese mismo presente ejerce una actividad constante de apropiación y reciclaje del pasado. Manifiesta, en consecuencia, un doble carácter, histórico por un lado, imperativo por otro, pero ¿cómo ambas cosas pueden hacerse compatibles? La historización rápida del presente, su conversión casi inmediata en «presente histórico», contrasta con el hecho de que los historiadores actuales se estén viendo confrontados a una tem-

36. François Bédarida, «Le temps présent, la mémoire et le mythe» (1993), en *Histoire, critique...*, op. cit., pág. 235.

37. Luis Adao da Fonseca, «A dupla dimensão das comemorações na época contemporânea», en Salvador Claramunt y otros, *Las conmemoraciones en la historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2001, págs. 25-61.

38. Jean Chesneaux, «Passé et présent: une "révolution copernicienne" en histoire?», en *Habiter le temps*, París, Bayard Éditions, 1996, págs. 135-138.

39. Véase Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, págs. 19-61, en relación con los orígenes institucionales, la cuestión terminológica, los precedentes nacionales, las dificultades de definición, etc. de semejante forma de historia.

40. François Hartog y Jacques Revel, «Historians and the Present Conjunction», *op. cit.*, pág. 11.

poralidad inédita, a una temporalidad extraña a la duración, a una «atemporalidad» jurídica (el crimen contra la humanidad) e histórica (el pasado que no pasa).⁴⁰ La expresión «presente histórico», además, resulta equívoca, porque sirve tanto para resaltar en nuestros días la importancia que tiene o debería tener la disciplina histórica, como para poner de relieve la rapidez con que el presente se convierte en pasado, por no hablar de la presunción con que ese presente se atribuye el juicio del futuro al considerarse a sí mismo «histórico».

François Hartog considera que hemos entrado en un tiempo en el que el porvenir ha cedido terreno al presente, en un tiempo en el que «prevalece el punto de vista del presente». Los regímenes antiguo y moderno de historicidad dominaban respectivamente la perspectiva del pasado y la del porvenir, pero eso ha dejado paso recientemente a una nueva forma de articular pasado, presente y futuro, de darles sentido: «el ascenso del presentismo». Las catástrofes y las crisis del periodo comprendido entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial dieron un duro golpe al futurismo, pero las exigencias de la reconstrucción y de la modernización en la Europa de la posguerra, acompañadas de la planificación mientras a escala mundial se imponía la competición económica sobre el fondo de la guerra fría, mantuvieron operativo el régimen moderno de historicidad. Poco a poco, sin embargo, hemos entrado en un tiempo de predominio del punto de vista del presente. *Praesens*, señala el lingüista Émile Benveniste, significa etimológicamente «lo que está delante de mí», «inminente, urgente», «sin dilación», según la preposición latina *prae*. «El presente es lo inminente: el cuerpo inclinado hacia adelante del corredor en el momento de lanzarse».⁴¹

41. François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003, págs. 116-121.

¿Cuándo, se le podría objetar a François Hartog, no ha prevalecido el punto de vista del presente? El presente es el único lugar en el que es posible poner orden en el tiempo, si bien algo muy distinto es cómo ese sentido va a ser orientado de modo preferente: por la experiencia adquirida en el pasado, por la expectativa de futuro o por ninguna de ellas, si es que esto último es posible. Hartog identifica el «presentismo» con la progresiva invasión de un presente hipertrofiado, un tiempo sin futuro y sin pasado en el que el presente es el único horizonte. Las fuerzas motrices de dicho presente expansivo serían las exigencias cada vez mayores de una sociedad de consumo. Con una rapidez en aumento, las innovaciones tecnológicas y las búsquedas de beneficio convierten en obsoletas las cosas y los hombres. El consumo actual valora lo efímero y los medios de comunicación proceden del mismo modo. Nuestro tiempo es un tiempo sin futuro para la gente sin trabajo, sin proyectos posibles.⁴² Todo es presente, entiende François Hartog, pero esa idea de un tiempo sin futuro y sin pasado, con un presente que ocupa por completo el horizonte mientras las cosas y los hombres pierden valor a la carrera, esa idea de «presentismo», anula en mi opinión la temporalidad misma. La temporalidad resulta del modo de relacionar en el presente las experiencias acumuladas en el pasado y las expectativas con vistas al futuro, una manera que ha dado paso a diferentes formas culturales de poner orden en el tiempo. Por ese motivo un presente sin pasado ni futuro estaría fuera del tiempo.

42. *Ibidem*, págs. 125-127.

En cuanto al «presentismo», entendido como el modo de dar el máximo relieve al presente, nuestra época no es la única en que se manifiesta. El propio François Hartog considera las filosofías antiguas del epicureísmo y del estoicismo una de las dos grandes formas históricas de presentismo. La otra sería la religiosa, en tanto recurre al «presente mesiánico» (a cada instante el Mesías puede venir), pero no al presente mundano, que desvaloriza. La apelación al presente en el Fausto de Goethe, las consideraciones intempestivas de Nietzs-

che, el futurismo presentista de Marinetti, los ataques de Paul Valéry a la historia, la insistencia de Marc Bloch y Lucien Febvre en el doble movimiento del pasado al presente y viceversa, el existencialismo de Sartre, el cuestionamiento del régimen moderno de historicidad fundado en el orden del progreso llevado a cabo por Claude Lévi-Strauss en los años cincuenta, son para François Hartog otras tantas muestras de «presentismo» y por tanto éste, como vemos, tiene una larga trayectoria. Además en nuestra época el «presentismo» en absoluto prescinde del pasado y del futuro. El propio Hartog señala que la «economía mediática del presente» no cesa de producir y de consumir acontecimientos con la particularidad de que en el momento mismo en que ocurren llegan a percibirse como históricos, «como ya pasados», y que ese mismo presente está ansioso de predicciones. Después de todo con ese fin se interpela al historiador en calidad de «experto de la memoria». En consecuencia, el pasado y el futuro juegan un papel importante en nuestro presente, como no podía ser menos. Según Hartog, la preocupación obsesiva por la conservación, el enorme valor dado al patrimonio y a la memoria, la búsqueda de raíces y de identidad, la «producción de masa de archivos» proclamados «memoria, historia, patrimonio de la nación», el carácter «experimental» de los nuevos museos, el ritmo acelerado de las conmemoraciones, pueden verse como muestras de la dilatación del presente y de un pasado que ha quedado atrapado en el presente.⁴³ En otro sentido, podríamos considerarlos indicadores de la necesidad que tenemos de pasado en una época de predominio del presente.

43. *Ibidem*, págs. 127-133.

Para Reinhart Koselleck «experiencia» y «expectativa» son dos conceptos entrecruzados internamente. No hay experiencia sin expectativa, ni expectativa sin experiencia. La experiencia «es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados», experiencia propia, transmitida por generaciones e instituciones, y experiencia ajena, en gran medida contenida y conservada por medio de la *Historie*. Algo similar puede decirse de la expectativa: «está ligada a la persona, siendo a la vez impersonal». La presencia del pasado es algo distinto de la presencia del futuro. El primero es un «espacio de experiencia» porque la experiencia «está reunida formando una totalidad en la que están simultáneamente presentes muchos estratos de tiempos anteriores, sin dar referencias de su antes ni de su después». La expectativa es un «horizonte de expectativa», una experiencia futura anticipada como expectativa que se «descompone en una infinidad de trayectos temporales diferentes». De las experiencias se puede esperar que se repitan y confirmen en el futuro, pero una expectativa no se experimenta del mismo modo. «Las expectativas que se albergan se pueden revisar, las experiencias hechas se reúnen». La experiencia elabora acontecimientos pasados, puede tenerlos presentes, está «saturada de realidad» y los seres humanos la vinculan a sus comportamientos, mientras las circunstancias, situaciones o consecuencias de las acciones que pretende la expectativa no son contenidos de la experiencia. En la época moderna, prosigue Koselleck, aumentó de manera progresiva la diferencia entre experiencia y expectativa, porque la segunda se alejó cada vez más de la primera. Antes, el futuro permanecía ligado al pasado y las expectativas que iban más allá de toda experiencia conocida no se referían a esta última, estaban puestas en la otra vida. En el mundo moderno el horizonte de expectativa se modificó al entrar en juego la mejora de la existencia terrenal como fin posible, mientras el espacio de experiencia también lo hizo al ir llenándose de experiencias nuevas. Surgió así la idea de progreso, un progreso que reunía «experiencias y expectativas que contenían cada una de ellas un coeficiente tempo-

ral de variación» y un progreso que «se dirigía a una transformación activa de este mundo y no al más allá». Desde entonces, el horizonte de expectativa no encerró al espacio de experiencia y la diferencia entre ambos no ha hecho más que aumentar.⁴⁴

44. Reinhard Koselleck, «"Espacio de experiencia" y "horizonte de expectativa", dos categorías históricas», en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993 [la edición original en alemán es de 1979], págs. 334-351.

¿Qué ha cambiado entonces en relación con la moderna forma de poner orden en el tiempo? ¿A qué da preferencia nuestro tiempo, al horizonte de expectativa o al espacio de experiencia? ¿Predomina el horizonte desligado de la experiencia pretérita o la presencia del pasado? Mi respuesta es que ambas temporalidades siguen vivas en nuestro presente y que éste además ejerce una presión proporcional a su capacidad de englobar en un instante, en un momento, pasados y futuros tan efímeros como el mismo presente. El presente, en consecuencia, no se vincula a unos pasados o a unos futuros perdurables. Ni se eterniza mediante una relación fija y estable con esos pasados, ni se proyecta en un futuro por el cual merecería la pena el sacrificio del instante. Nuestro presente se acepta como presente y a su vez «presentiza» el pasado y el futuro. La hipertrofia del presente priva a las experiencias del pasado y a las expectativas de futuro de valor independiente, las absorbe en el limitado y corto espacio temporal del instante, del momento, recorta hasta el mínimo la duración de los futuros y de los pasados imaginados, a los que ahora sólo se les reconoce la entidad de ser productos del presente, en definitiva su «ser presente», y de ese modo les priva de su anterior capacidad de influir sobre el presente.

De esa forma surge, junto a las viejas formas de poner orden en el tiempo, la nueva temporalidad a la que Antoine Prost se refiere y que constituye el tiempo como una sucesión de movimientos discontinuos en el que cada uno debe ser apreciado o criticado en su particularidad y no reemplazado en una continuidad «que se denuncia como ficción». El paso de una temporalidad continua a otra discontinua es un fenómeno que afecta a uno de los marcos que estructuran nuestra experiencia colectiva, la manera de representarnos el tiempo, de la que dependen los modos de vida, los sentimientos, los discursos sean triviales o sabios. A eso es a lo que Foucault habría llamado *un socle épistémologique*, según Antoine Prost. Si no se tiene en cuenta la emergencia de una temporalidad discontinua, añade el citado historiador, no se puede entender cómo hoy la representación del pasado está hecha de momentos, de hechos privilegiados, de instantáneas que jalonan una evolución desprovista de sentido por su misma discontinuidad.⁴⁵ ¿Desprovista de sentido? Pienso por el contrario que no se trata de una evolución desprovista de sentido, sino carente del sentido establecido con pretensiones de duración a largo plazo y que ahora estaría dando paso a unos sentidos «cortos» y «múltiples» como el mismo presente en constante cambio.

45. Antoine Prost, «¿Cómo hace la historia al historiador?», *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, núm. 12 (otoño 2003), págs. 97-98.

En el juego de temporalidades de diverso carácter (modernas, premoderna, posmodernas) el saber histórico se mueve como en un laberinto. Antoine Prost pone de relieve que la estructuración del tiempo como continuidad equivale a la temporalidad del relato estrechamente relacionada con la práctica del oficio del historiador, pero dicha forma entra en conflicto con la temporalidad que constituye el tiempo como una sucesión de momentos discontinuos y se manifiesta en la sucesión de las conmemoraciones. En nuestra sociedad no hay un acontecimiento por mínimo que resulte que no merezca ser recordado, pero la adición de memoria en absoluto conduce a la historia. El historiador se esfuerza por situar el acontecimiento conmemorado en una trama histórica más amplia, pero su presencia legítima la conmemoración y nuestra sociedad se afirma por la sucesión de las conmemoraciones y la discontinuidad resultante.⁴⁶

46. Antoine Prost, *op. cit.*, págs. 98-100.

Por su parte Jean Chesnaux destaca el esfuerzo del saber histórico por reconducir las relaciones entre el presente y el pasado, pero sin cuestionar el estatus de este último como fin en sí. Frente a la pretendida objetividad de la ciencia histórica, destaca la novedad radical de la propuesta de Walter Benjamin y su «revolución copernicana» en la visión de la historia. Walter Benjamin invirtió la relación entre el punto fijo y el punto móvil al hacer ver, en palabras de Hannah Arendt, que el acontecimiento *ilumina* su propio pasado. Tomar el presente como «punto fijo» significa que el pasado se convierte en objeto de una «reflexión» en el sentido óptico del término: es el presente el que emite sus rayos en función de su dinámica propia, pero la reflexión a partir del presente y en dirección al pasado revierte a su vez sobre presente. La «revolución copernicana» en historia a la manera de Walter Benjamin, prosigue Jean Chesnaux, resulta indisociable de un proyecto político de futuro y lo nutre, de ahí el «buen uso del pasado». Ello supone un giro radical en comparación con cualquier otra referencia copernicana utilizada por los historiadores, como el desplazamiento geográfico de un Mediterráneo por otro (Fernand Braudel), de la temporalidad humana por la temporalidad climática (Emmanuel Le Roy Ladurie), o de la historia de las clases privilegiadas por la historia social de los *Annales* (Jacques Rancière). Sin embargo, añade Chesnaux, una de las principales dificultades de esa «revolución copernicana» está en el carácter contradictorio de ese presente devenido punto fijo en relación al pasado. El presente, de una parte, ocupa una posición singular a lo largo del tiempo, es axial y generador, y de otra resulta evolutivo y transitorio, está en renovación constante por el hecho mismo de que es un surgimiento continuo. El «punto fijo» es un punto móvil, mientras sucesivamente cada uno de esos presentes «está llamado a ser punto fijo en relación al campo del pasado».⁴⁷

47. Jean Chesnaux, *Habiter le temps...*, op. cit., págs. 139-142.

La llave de esa contradicción se encuentra, según Chesnaux, en el modo mismo de inscripción del presente en la duración del tiempo. Si ese presente no fuera más que un «punto» inaprensible, la revolución copernicana de Benjamin recordaría la antigua fábula de Aquiles y la tortuga. Pero también se puede considerar el presente, no como un punto fugaz, sino como la zona temporal en cuyo interior se desarrolla la lógica interna que define la realidad de nuestra sociedad y domina su horizonte político. La presente implosión de suburbios, el presente desorden financiero mundial, la presente crisis mundial de la ecoesfera, constituirían así puntos fijos a partir de los cuales toda la historia urbana moderna, toda la historia financiera reciente, toda la relación secular entre las sociedades humanas y su entorno natural pueden ser reexaminadas con una perspectiva nueva. En ese carácter de presente nudo de temporalidades, en completa ruptura con la estratificación estática de las temporalidades braudelianas, rígidamente superpuestas las unas a las otras a lo largo del flujo temporal, se muestra la riqueza del presente y su capacidad de sacar de él el pasado, según un movimiento de «heliotropismo» (Benjamin), a la vez que se establece una relación privilegiada con la práctica social. Visto de ese modo, el presente revalorizado se opone al «presentismo», el cual trocea el tiempo y disocia pasado, presente y porvenir. Tampoco la revolución copernicana en historia conduce a reescribir constantemente la historia en función de la coyuntura política. El hecho de considerar el presente como «punto fijo» lleva sólo aceptar que el análisis y la reflexión de carácter histórico no pueden más que evolucionar en función de las condiciones singulares de ese presente. El presente no se impone al pasado más que de un modo relativo, él mismo evoluciona en la duración del tiempo y

48. *Ibidem*, pp. 139-147.

sobre todo es plural, atravesado por fuerzas contradictorias, debates de ideas, múltiples confrontaciones en la que está en juego la sociedad real y el futuro de la misma.⁴⁸

El enfoque anterior de Jean Chesneaux, inspirado en Walter Benjamin, puede ser una salida al laberinto de un paradójico presente imperativo y a la vez histórico, de un presente de temporalidades múltiples y contradictorias, un presente, el nuestro, en el que el pasado sigue siendo muchas veces concebido como un «punto fijo», a pesar de que continuamente es creado y recreado de múltiples maneras y para usos muy diversos. Los historiadores, piensa Chesneaux, no pueden escapar a las exigencias de la «revolución copernicana» introducida por Walter Benjamin, pero ello es posible según pienso con una forma de poner en relación la experiencia y la expectativa que no las disocie por completo en el presente, ni participe del movimiento discontinuo al que alude Antoine Prost, ni guarde relación con el universo eterno, aleatorio e «incurrente» del «tiempo atemporal» mencionado por Manuel Castells.⁴⁹ La nueva relación entre el presente, el futuro y el pasado a que me refiero rechaza imponer *el* sentido de *la* historia, una pretensión del historicismo y de la clásica narración en la disciplina histórica, y va contra la idea moderna de que existe una línea recta y en ascenso, capaz de unir de forma natural las experiencias y las expectativas. El pasado deja de ser el terreno sólido, el «espacio de experiencias», sobre el que se levantan los proyectos de futuro que mueven a actuar en el presente, para convertirse en un lugar iluminado por el presente y que a su vez lo ilumina. A diferencia de lo que considera Chesneaux, no se trataría de un reflejo de luz, sino de una luz transformada en el camino de regreso y, en consecuencia, para poder captar la nueva información que contiene necesitaríamos los detectores y los descodificadores adecuados. Sólo así, en un universo en expansión de manera acelerada y en el que ningún punto (ni en el pasado, ni en el presente, ni en el futuro) permanece inmóvil, sería posible saber algo del cómo o del porqué de los fenómenos que han ocurrido. Bien entendido que el sentido último, el sentido objetivo, no existe. Somos nosotros, los humanos, los que damos sentidos a las cosas, a los acontecimientos, a los procesos, y lo hacemos de múltiples y diversas maneras, por lo que es imposible escapar a la incertidumbre. Más bien al revés, la sensación de incertidumbre aumenta en nuestros días a medida que sabemos más, por lo que si somos capaces de hacer de ella un estímulo para seguir indagando, puede sernos muy útil en la lucha contra el dogmatismo y el conformismo, sin caer en el extremo contrario ■

49. Manuel Castells, *La era de la información*, I, Madrid, Alianza Editorial, 1997, págs. 463-503.